

## SUMARIO

La Conferencia de Algeciras.—Unidades de ametralladoras, por J. F. H.—La cuestión del personal, por el Capitán Subrio Escápula.—Lamentaciones, V, por Federico Pita, primer teniente de Infantería.—Observaciones sobre la última guerra (continuación).—**BIBLIOGRAFÍA:** Militarismo y socialismo, folleto por el capitán de Infantería don Antonio García Pérez.

Se acompañan los cuadernos 15 y 16 de la **Historia de la Guerra ruso-japonesa.**

---

### LA CONFERENCIA DE ALGECIRAS

Los negros nubarrones que se cernían sobre Europa al comenzar el presente año, hanse alejado, aunque no desvanecido, gracias á la feliz terminación de la Conferencia de Algeciras. A juzgar por las apariencias y si se da crédito á lo que dicen los interesados, no ha habido vencedores ni vencidos, y todas las potencias han salido igualmente gananciosas, cosa inexplicable y desde luego imposible donde pugnaban tantos deseos opuestos y contradictorios.

Prescindiendo del examen concreto y detallado del resultado de la Conferencia, misión que no nos compete, y estudiándolo solo en sus relaciones con el papel del Ejército, es indudable que ha puesto término á una época de incertidumbre y de indeterminación, abriendo otra de afirmaciones categóricas, precursoras de hechos terminantes. Ninguna de las grandes potencias ha obtenido lo que pretendía, y el respeto y aun los temores que unas á otras se inspiraban, han sido la causa de que nosotros hayamos logrado concesiones que difícilmente se nos habrían otorgado á no mediar la repetida Conferencia: concesiones, por otra parte, muy inferiores á nuestros derechos, pero muy superiores á los medios de que podíamos valernos para reivindicar prácticamente tales derechos.

Mientras la cuestión de Marruecos se cernió en nebulosidades y vaguedades, nos costó poco abogar por nuestros intereses; una vez cristalizadas las ideas y abocados á la acción, queda planteado el problema más espinoso. ¿Vamos á preparar y á prevenir los medios necesarios para que resulten provechosas las labores de la diplomacia? Cualquiera pausa, y mucho más cualquier movimiento de retroceso, serán inmediata y hábilmente aprovechados en perjuicio nuestro por otros países rivales, y si no procedemos con tanta prudencia como resolución, con tanta templanza como energía, correremos el riesgo de ser definitiva-



mente suplantados en un país en donde circula nuestra sangre y que podría ser la base de nuestra regeneración económica y comercial. Así, la conclusión de la Conferencia de Algeciras debe ser en realidad el punto de partida para nosotros, y el comienzo de una labor de la que depende en gran parte el porvenir de España.

No es en la quimérica conquista de Marruecos en lo que debemos pensar, pero sí conviene no olvidar que las cosas se caen del lado á que naturalmente se inclinan, con objeto de que el día en que aquel Imperio ó una parte de él se conmueva sobre sus cimientos podamos recibirlo en nuestros brazos. Ni los vínculos de la sangre, ni la comunidad de raza, ni la procedencia del idioma sirven ya para que unas naciones se acerquen, y mucho menos se compenetren con otras; es menester que estas otras sean fuertes, poderosas, y libren de su debilidad y agotamiento á las primeras. En la vida de los pueblos, como en la social, no es al desvalido sino al fuerte á quien nos procuramos acercar y de quien solicitamos los favores. Y el amigo fuerte que nos trata con justicia nos atrae mucho más que el impotente que nos halaga y acaricia.

Es, pues, de absoluta necesidad que despleguemos en Marruecos un poder real, así en lo material como en lo político, junto con una inmaculada justicia no exenta de bondad; y, sobre todo, que sigamos una orientación fija y definida, sin alteraciones ni cambios que resultan funestísimos. Tendamos nuestros brazos á Marruecos y procuremos ventajas á sus moradores, pero esos brazos deben estar perfectamente armados, aunque guiados por la justicia.

Si España no despliega todos los medios de acción necesarios y no se hace respetar cuando así lo demanden las circunstancias, el resultado de la Conferencia de Algeciras habrá sido desastroso, porque se disiparán todas las esperanzas que abrigábamos de nuestro engrandecimiento en Marruecos; y á la misma fatal consecuencia llegaríamos si creyéramos que el problema es únicamente cuestión de fuerza. Nunca como ahora es tan necesario que el militar, el diplomático, el colonizador y el misionero obren de común acuerdo, como si fueran fundidos en una sola pieza.

---

## UNIDADES DE AMETRALLADORAS

El excelente resultado de las ametralladoras en las últimas guerras ha desvanecido las injustificadas prevenciones que algunos sentían hacia esas armas, y todos los ejércitos se han apresurado á adoptarlas, organizando compañías y secciones afectas á las tropas de infantería y caballería.

Aunque hasta ahora hay pocas variedades de ametralladoras, obsérvanse notables diferencias en los afustes, pues mientras unos son de dos



ruedas, para seguir en sus movimientos á la caballería y á las grandes unidades de infantería, otros son desmontables para su transporte á lomo, y algunos puedan indistintamente servir para el arrastre y á lomo; este último modelo parece que ha de ser el más conveniente en España, dados los caracteres de nuestro suelo.

Una condición esencial que deben cumplir las ametralladoras es la de ser de igual calibre que las armas portátiles reglamentarias en el ejército, para que puedan disparar proyectiles de fusil y carabina. La cuestión de las cintas de cartuchos no puede darse como resuelta en definitiva, y sería conveniente someterla á ensayos directos, pues tanto las metálicas como las otras adolecen de defectos á cambio de algunas ventajas; no obstante, en la guerra del Extremo Oriente las metálicas son las que han resultado mejores.

Para que las ametralladoras respondan á su objeto y puedan obtenerse de ellas los apetecidos frutos, es necesario que se reserve su acción para los momentos decisivos, pues el disparo intempestivo, sobre acarrear un enorme consumo de municiones, descubrirá su presencia cuando el enemigo no esté muy cerca de ellas y las expone al tiro destructor de la artillería adversaria. Por este motivo, el comandante de unidad de ametralladoras ha de ser hombre de mucha sangre fría, dueño de sí mismo en todos los momentos y avezado á la guerra; impónese así mismo que se tenga á dicho comandante al corriente del desarrollo de la batalla, para que la intervención de las ametralladoras tenga lugar en el momento psicológico más indicado, lo cual se traduce en la necesidad de que aquel mando sea relativamente independiente, y sólo esté sujeto al comandante del grupo á que vaya afecta la unidad.

En Alemania hay 16 baterías de ametralladoras de á 6 piezas Maxim, afectas casi todas á los batallones de cazadores. En pie de paz cada batería consta de 4 oficiales, 87 hombres, 18 caballos de silla, 36 de tiro, 2 carros de municiones, 1 de provisiones y 1 ametralladora de repuesto. En pie de guerra, hay 120 hombres, 80 caballos, 6 carros de municiones y 3 de provisiones. La dotación de municiones es de 14,500 cartuchos por pieza, llevando 250 cada cargador.

Rusia contará muy en breve con una compañía de ametralladoras para cada división de infantería y una sección para cada división de caballería. La compañía se compone de 8 piezas, con 4 (5) oficiales, 59 (95) hombres, y 20 (56) caballos. Las compañías de montaña, también de 8 piezas, constan de 4 (5) oficiales, 63 (119) hombres y 16 (56) caballos. Las secciones son de dos ametralladoras. Todas del tipo Maxim.

En Inglaterra empléanse los tipos Maxim, Nordenfält y Gartner. La dotación en la metrópoli es de 1 ametralladora por batallón de infantería y regimiento de caballería, pero en las colonias la proporción es mayor. La unidad es la sección de 2 ametralladoras al mando de un oficial.



El Japón, que carecía de ametralladoras antes de la última guerra, apresuróse á crear unidades de esta clase. Pronto cada división de infantería y de caballería independiente tendrán una compañía de 6 ametralladoras. La perentoriedad de las circunstancias indujo á admitir varios tipos, pero el Máxim es el que en definitiva parece que será el aceptado.

Suiza cuenta con 6 compañías de ametralladoras para la caballería y 3 de montaña para las tropas alpinas. Son del sistema Máxim, y constan de 8 piezas cada una, dividiéndose en secciones de á 2 que pueden ir afectas á los regimientos y batallones.

Aunque en Francia han sido oficialmente adoptadas las ametralladoras y se han empleado algunas secciones de estas armas en las últimas grandes maniobras, no se las ha organizado todavía de un modo permanente. Casi todos los batallones alpinos han sido dotados de secciones de dos ametralladoras. Destacamentos de las mismas piezas fueron afectos á las divisiones de caballería durante las maniobras, pero no se ha hecho ninguna tentativa para dotar á las unidades de infantería de tales piezas. Están en estudio varios modelos de ametralladoras, y probablemente hasta que terminen los ensayos no se dará una organización definitiva á los destacamentos de ametralladoras.

Una cosa análoga puede decirse de Austria Hungría. Sólo existen secciones de montaña, de dos piezas; y baterías de 4 piezas para la caballería. Estas últimas encierran una novedad: las piezas son del tipo Skoda, y todos los sirvientes van montados, de suerte que la unidad tiene la misma movilidad que la caballería. Empleadas las ametralladoras con excelente éxito en las maniobras de los dos últimos años, es de presumir que muy pronto se crearán nuevas unidades para completar el número de las destinadas á caballería, y dotar también á los regimientos de infantería.

Los regimientos de caballería daneses disponen cada uno de una batería de 12 ametralladoras, sistema Rexer. En Portugal y en Turquía, algunos batallones de cazadores tienen secciones de 2 ametralladoras; y en las demás potencias se están efectuando pruebas comparativas con varios modelos de ametralladoras para elegir el tipo que dé mejores resultados.

Se ve por consiguiente que la tendencia general es la de dotar de ametralladoras á las tropas de montaña, en primer término, á la caballería, en segundo lugar, y finalmente á la infantería.

Teniendo esto en cuenta, creemos que la unidad en nuestro país debería ser la sección de dos ametralladoras, al mando de un oficial, dotándose de una sección á cada uno de los batallones de cazadores y regimientos de caballería. Además, como eventualmente puede convenir la reunión de dos ó más secciones, en cada brigada de cazadores ó divi-



sión de caballería habría de organizarse la plana mayor de una batería de ametralladoras (8 piezas), con el personal de oficiales de un comandante y dos capitanes.

Atendiendo á la composición de guerra de nuestros regimientos de infantería, creemos muy suficiente, por ahora, una sección por brigada, ó sea una batería de 8 ametralladoras por cuerpo de ejército de dos divisiones de infantería.

Lo urgente es que los batallones destacados en las regiones montañosas se familiaricen con el empleo de tales armas; y á este efecto podría adquirirse desde luego el material necesario para cuatro ó seis secciones, escogiendo los mejores modelos, y aceptar definitivamente uno de ellos después de un año ó de un periodo prudencial de ensayos; esto en lo que atañe á las secciones de montaña. Respecto de las montadas, convendría efectuar análogas pruebas comparativas con tres ó cuatro secciones entregadas á otros tantos regimientos. Más que las condiciones balísticas, sobradamente conocidas, de las piezas, lo que importa es determinar prácticamente la resistencia y buen funcionamiento de los afustes y del arma en el quebrado terreno de nuestra península, lo cual se averiguará mejor y más pronto sometiendo las ametralladoras á un servicio real duro y continuado.

J. F. H.

---

### LA CUESTIÓN DEL PERSONAL

Nunca hemos creído que el principal problema de organización militar á resolver en España sea el de fijar, mediante la reducción de las plantillas, la movilización de las escalas y el aumento de los sueldos, el porvenir de los jefes y oficiales, en condiciones de normalidad y regularidad que puede decirse nunca han existido en nuestro país; pero es indudable que la organización, la instrucción y la eficacia del ejército dependen de la composición y del buen funcionamiento del cuerpo de oficiales, por lo cual es imposible ninguna reforma transcendental, en tanto no se resuelva el pavoroso problema que surge con solo la contemplación del *Anuario*.

Para nuestras necesidades, ¿tenemos demasiados jefes y oficiales? No vacilamos en dar una rotunda respuesta negativa. La experiencia ha demostrado que en la guerra el tanto por ciento de bajas en la oficialidad es muy superior al de la tropa, de suerte que todo ejército que solo disponga del número de oficiales estrictamente preciso para llenar los cuadros activos y de reserva, al cortísimo tiempo de campaña se ve obligado á improvisar oficiales mediante cursos 'abreviados, el ascenso en masa de las clases, y otros medios que dan siempre pésimos resultados y perturban y paralizan las escalas. Una de las causas de que el Japón no



podiera obtener una victoria decisiva fué la escasez de oficiales, y esa escasez se dejó sentir también fatalmente en el ejército ruso, á pesar de los copiosos recursos militares del Imperio. Y en nuestras campañas coloniales tuvimos sobrante en algunos empleos y verdadera penuria en otros, penuria que se hubiera traducido en manifiesta inferioridad si la guerra hubiera revestido los caracteres de regular.

Los métodos seguidos en Alemania, Francia, Inglaterra y otras grandes potencias para disponer de oficiales de los ejércitos de reserva y territorial, son excelentes en el papel, pero darán deplorables resultados el día del próximo conflicto; esos métodos, en suma, se reducen á la improvisación de oficiales, aunque se los disfrace con nombres pomposos; el personal ni tiene espíritu militar, ni costumbres ni aficiones militares. En compensación los oficiales de los cuadros activos siempre están ocupados en funciones propias de la profesión y, por consiguiente, practican de continuo sus servicios peculiares.

No tenemos ciertamente demasiados oficiales; pero si la pregunta se formula de otro modo, la respuesta ha de ser muy diferente: ¿Tiene demasiados oficiales el ejército activo? Más que demasiados, sobradísimos. Nuestro mal está en que la inmensa mayoría de nuestros oficiales pertenecen á las escalas de actividad, de donde se origina que solo una minoría ejerzan las funciones propias de su jerarquía, mientras que la mayoría desempeñan servicios burocráticos ó de reserva.

El mal es tan conocido y lamentado por todos, que juzgamos innecesario detenernos á analizarlo en todos sus aspectos. Cualquiera reforma gradual, y por lo tanto lenta, resultará completamente inútil, porque la primera guerra que nos sorprenda anulará los esfuerzos de muchos años y dará al traste con todo lo hecho hasta entonces. Por otra parte, es tan grave el padecimiento que se imponen las resoluciones radicales. Por encima de los intereses personales, que son temporales y transitorios, están los permanentes y generales de la patria y del ejército.

Lo primero es determinar la composición y organización del ejército y de los servicios activos, de donde se deducirán los cuadros de la oficialidad activa, cuadros que no hay inconveniente en que sean aumentados en un 10 por 100, para tener en cuenta reemplazos, supernumerarios y servicios de carácter accidental. El número de jefes y oficiales que no tenga cabida en esos cuadros, debe pasar desde luego é inmediatamente al ejército de reserva. ¿Cómo ha de hacerse la clasificación? Atendiendo en primer lugar al bien del servicio, y en segundo á las conveniencias de los interesados.

La edad es primer dato para esa clasificación, porque en ciertos empleos las edades son tan avanzadas que el personal es físicamente poco apto; el ascenso á los empleos superiores no tendría otra consecuencia que la de generalizar y agravar el mal, llevándolo á la cabeza. Podría,



además, ser motivo para el pase forzoso al ejército de reserva cualesquiera de las circunstancias siguientes: llevar voluntariamente más de dos años en las situaciones de reemplazo ó supernumerario; reemplazo por enfermo durante un año ó más; tres licencias por enfermo en menos de diez años; dos solicitudes de permuta de destino activo por otro sedentario; diez años de servicios burocráticos, á menos de solicitar inmediatamente el pase á un cuerpo activo, etc., etc. Apelando á estos medios y otros parecidos, no sería difícil el descargar las escalas activas del excedente que las abruma, y entonces sería ocasión de estudiar el medio de reducir paulatinamente la oficialidad del ejército de reserva, hasta dejarla en la cifra que se reputase conveniente.

Separadas las plantillas en activo y reserva, claro es que los emolumentos y derechos no podrían ser iguales en la primera situación que en la segunda; pero como la reducción de sueldos podría producir el fracaso de la idea, porque no sería justo ni equitativo reducir poco menos que á la indigencia á varios millares de oficiales que por culpas independientes de su voluntad, buen deseo y amor al servicio, se ven poco adelantados en su carrera, podría asignarse á la oficialidad de reserva el sueldo líquido actual, ó sea el de activo con el descuento, y suprimir éste, de suerte que no experimentaría ninguna merma en sus actuales devengos; y aumentar los sueldos de actividad, así como el descuento, para que las cantidades á percibir fueran exactamente las hoy señaladas á cada empleo sin descuento. Es decir, que los oficiales del ejército de reserva seguirían cobrando lo mismo que en la actualidad, y desaparecería prácticamente el descuento á que están hoy sujetos los del ejército activo, sin perjuicio de disminuir poco á poco el descuento nominal para que en pocos años fuera un hecho el aumento total. Así, por ejemplo, el sueldo de un comandante de reserva podría ser de 75 duros, sin descuento ninguno, quedando como ahora; y el del ejército activo de 92.60 con el 10 por 100 de descuento, ó sea 83.34 que es el hoy asignado á este empleo. Fácilmente se comprende que esta reforma no implica aumento de gastos, porque si bien es verdad que equivaldría á la supresión del descuento á los oficiales del nuevo ejército activo, habría una verdadera economía el día, no lejano, en que sea un hecho la supresión total de los descuentos.

Pero esta ventaja no compensaría los mayores gastos, las más penosas fatigas y las más rudas labores del servicio activo. Únicamente podrían ascender al generalato los oficiales del ejército activo, terminando la carrera en coronel para los de la reserva. Y dentro del ejército activo y en la escala de generales, impónese, cada día con más urgencia, otra reforma.

Hase demostrado con toda evidencia que la generalidad del mando comienza en los comandantes de división, mientras que los de brigada



pueden y deben ser del arma á que pertenezcan sus unidades. Así, en el ejército activo la carrera debería terminar en general de brigada, tanto en las armas combatientes como en guardia civil, carabineros, sanidad, administración y justicia militar, recibiendo los generales de esta categoría las denominaciones de generales de brigada de infantería, de caballería, etc. A generales de división y por lo tanto á los empleos superiores, solo podrían ascender los generales de brigada de infantería, caballería, artillería, ingenieros y estado mayor. Bien entendido que la proporcionalidad, si todavía se creyera conveniente en tan elevadas jerarquías, comenzaría á partir de los generales de brigada, pero no en los coroneles, puesto que éstos ascenderían dentro de su arma ó cuerpo. La principal dificultad residiría en la fijación de las plantillas de generales de brigada, pero con buena voluntad é inspirándose solo en el bien general, la solución se facilitaría, porque aparte del mando de brigada y comandancias generales, hay ciertos destinos que lo mismo pueden ser desempeñados por generales procedentes de caballería que de ingenieros, y tales destinos deberían reservarse á los salidos de infantería y caballería, encomendando el gobierno de las plazas fuertes á los de artillería é ingenieros; en último término, una vez fijado el número de mandos técnicos en cada arma, podría admitirse la proporcionalidad para todos los demás de carácter indeterminado ó general.

Ya que nos ocupamos en cuestiones de personal, no terminaremos sin exponer, siempre con la mayor sobriedad, algunas ideas que están en el ánimo, sino de todos los oficiales, de los más de ellos. Las funciones del Estado Mayor son más importantes cada día, y su cumplimiento resulta difícilísimo si no se está en constante y continua relación con las tropas; de aquí que, á ejemplo de lo que acontece en otros países, creamos firmemente que el servicio de Estado Mayor no debe constituir un estado definitivo, sino solo temporal, es decir que no ha de haber oficiales de Estado Mayor, sino oficiales de infantería, caballería, etc., que presten transitoriamente sus servicios en Estado Mayor, volviendo luego á su cuerpo respectivo, en todos los empleos. Si no se hace así, la reforma es solo nominal, porque solo se habrá variado el sistema de reclutamiento, pero no convirtiéndose el cuerpo en servicio. De esta suerte, mejorariase el buen funcionamiento del ejército, quedaría facilitado el mando, y el ascenso de los oficiales de Estado Mayor á las más altas jerarquías—ascenso que creemos legítimo, y que subsiste y subsistirá en todas las naciones—no sería ya patrimonio de un cuerpo, sino ventaja gozada por todos en sus individuos más idóneos.

Respecto de artillería é ingenieros, nótase también la conveniencia de dividir en dos á cada uno de estos cuerpos: el Estado Mayor—ó como quiera llamarse—de artillería y de ingenieros, destinado á prestar servicio en fábricas, talleres, obras, academias y demás centros de esta na-




turalidad; y las tropas de campaña. Pero el paso á una determinada de estas dos agrupaciones habría de ser en el empleo de capitán y al llegar á la primera mitad de la escala, para que el Estado supiera á qué atenderse respecto de las dotes de cada individuo.

Finalmente, la especialización debe llevarse á infantería y caballería. Los batallones de cazadores han de ser tropas especiales, análogas á las alpinas, con uniformes, servicios y gratificaciones diferentes. Y, dada la naturaleza de nuestro suelo, y en particular de las fronteras terrestres, dos, tres ó cuatro regimientos de caballería, llamémosles exploradores, habrían de procurar inspirarse más en el servicio y en los métodos de los cosacos que en los de la caballería regular.

Acaso muchas de las ideas expuestas parezcan irrealizables, fantásticas y caprichosas. Si las hubiésemos diluído en difusos razonamientos y largas explicaciones, es probable que fueran aceptadas con más facilidad. Pero ¿á qué extendernos? Si recapacitamos un momento, si siquiera mentalmente sacudimos la inercia y el excepticismo que nos consume, todos habremos de convenir en que del modo dicho, ó de otro parecido, necesariamente parecido, hay que orear nuestra atmósfera militar, dando paso al oxígeno para que el organismo recobre la actividad, la movilidad, la virilidad que ha perdido por su larga permanencia en una misma incómoda postura.

*El Capitán SUBRIO ESCÁPULA*



## LAMENTACIONES

### V

Y no hablemos de los *cabos*; éstos no pueden ser tales, mientras su recluta sea como lo es. No nos hemos dado cuenta en España todavía de la importante misión de esta clase del Ejército y por esto seguimos estimándola como de escaso valor en la vida militar del soldado.

No importa que del extranjero nos vengan auras de bienandanza; la cosa sigue igual; el *cabo es un soldado con galones*... Acaso tal empleo representa una mejora á que se acogen los más cómodos... Nunca el modelo preconizado por las ordenanzas, aquel que se «hará querer y respetar...»

No puede ser de otro modo; el porvenir no brilla para las clases de tropa en este sufrido y buen Ejército español; como todo premio á la constancia, á la dignidad profesional, se ofrecen á los graduados los destinos civiles; que á veces, no llegan á desempeñar.

Y como el mando lleva en sí aparejadas responsabilidades y enemigas, y aun más en estos tiempos de ideales desequilibrados, harto se hace con dar voces y poner cara fosca ante el superior, voces y aspecto que luego se trocan en amigable compañerismo delante del mostrador de la cantina. No es exageración; y no lo es, porque el nivel medio de estas gentes es idéntico al del soldado, su recluta es deficiente, y si en



el voluntariado actual se nutren algunas plazas, más nos da pérdida que ganancia este sistema.

Y por esto contamos en la mayoría de los casos ó con niños casi ó con hombres de inteligencia escasa; es decir, con dos elementos que no sabremos á ciencia cierta calificar acertadamente.

Quédese para los directores de este organismo, el reglamentar cuestión tan importante, que mucho y bueno puede hacerse con lo proyectado y hasta realizado *dentro de casa*: pero no se olvide al hacerlo el medio social en que se vive.

El cabo no exige al soldado por creer que el servicio es cosa accidental, que luego llegará el eterno *ser paisano* y si algo ejecuta dentro de su esfera, es tan á costa de su propia estimación que más valiera que no lo hiciese. El soldado lo vé á su lado, salido de su terruño, tan poco ilustrado como él, acaso más pobre; y ante la elevación del mando, se cree preterido y con razón, porque á veces el soldado resulta más apto que el cabo.

Si los cabos y los sargentos procediesen de un centro común, fuesen de cierta cultura y solo llevasen como guía en su conducta el llegar á un término decoroso de sus aspiraciones, otra cosa sería. Por lo menos, habría disciplina cimentada en el desconocimiento de la personalidad, en el ver solo al cabo, al extraño, al que no llegaría á *ser paisano* con los reclutas y por lo tanto, basaría sus órdenes en la independencia de su porvenir asegurado.

¡Qué fruto tan hermoso obtendríamos con este proceder!

FEDERICO PITA.

Primer Teniente de Infantería

## OBSERVACIONES SOBRE LA ÚLTIMA GUERRA

(Continuación)

La buena elección de una posición desenfilada y cubierta; una hábil ejecución de las operaciones preparatorias que aseguren la rapidez y la preponderancia del fuego en poco tiempo; una organización satisfactoria del servicio de observación, permiten disponer de mayor número de elementos para obrar sobre los objetivos animados del enemigo y el punto designado de ataque.

Así fué como, el 14 de Octubre, dos baterías de la 35.<sup>a</sup> brigada de artillería, bien establecidas cerca de Han-tchen-pu, paralizaron los esfuerzos de las baterías japonesas inmediatas á la estación de Sha-ho y La-ma-tung y dieron la posibilidad á otras dos—las 4.<sup>a</sup> y 5.<sup>a</sup> de las mismas divisiones—cerca de Huan-tung, de batir tranquilamente el pueblo de San-de-pu, donde estaban concentradas numerosas fuerzas japonesas (doce batallones según el parte.)

El grande alcance del cañón moderno facilita la concentración de los fuegos de artillería y permite la dispersión de la artillería, sin necesidad de agruparla en baterías compactas y vulnerables para alcanzar el fin deseado. La dispersión relativa de las unidades de artillería aumenta



para el adversario la dificultad de descubrirlas; y para ellas mismas la posibilidad de observar y extender á los lados su campo de tiro.

Los observadores, oficiales, clases y soldados, deben dispersarse en el frente de combate y alrededor de él, de modo que puedan observar personalmente y aprovechar las observaciones de las tropas vecinas.

No convienen las señales por medio de banderas; el enemigo las ve y no desprecia nada para desembarazarse del observador; así lo advertimos en Da-lian-tung, en Febrero y Marzo de 1905. El teléfono, en cambio, permite transmitir inmediatamente todas las observaciones al director del tiro y al personal establecido en la posición; este puede siempre enviar algunas descargas antes que el objetivo haya modificado su posición y deje de ser vulnerable.

El Estado Mayor del comandante del sector y todos los jefes de unidades de infantería y caballería deben adoptar las medidas convenientes para que todo lo que observen en el adversario sea transmitido inmediatamente á la artillería. Para esto, pueden utilizar la red telefónica del grupo de artillería, red que debe comprender, como mínimo, 6.5 kilómetros de cable y el material de tres ó cuatro estaciones (para tres observadores y el comandante del grupo.)

Una buena organización de la observación conduce á economizar juiciosamente las municiones.

Los japoneses se distinguían en el servicio de observación y disponían de hábiles auxiliares en la población china. En muchísimas ocasiones apresamos á chinos que hacían señales con espejos, banderitas, hogueras, á veces con los brazos. Y, sin embargo, las baterías japonesas enviaban constantemente centenares de proyectiles á lugares abandonados.

Los días 13, 14, 15 y 16 de Octubre, batieron violentamente con shimoses, durante hora y media diaria, una zona á retaguardia de Ungua, en donde suponían á nuestras baterías, las cuales se encontraban en realidad en Han-tchen-pu.

Cualquiera que sea la dificultad de la observación, cuatro observadores apostados en lugares bien elegidos pueden, por el fogonazo y el polvo, fijar con bastante aproximación la situación de una batería en la carta, é indicar con éxito las correcciones del tiro.

El lugar de comandante de grupo ó de batería puede ser muy diferente del de la tropa. Como se verá obligado á alejarse mucho de sus piezas, adelante, á un flanco, y aún á retaguardia, para ver mejor, habrá de recurrir forzosamente al teléfono.

La elección de la posición para las baterías depende del papel táctico que hayan de llenar, de la acción balística y de la posibilidad de la observación; es menester tener en cuenta, además, la dificultad de tirar por encima de la infantería amiga, cuando las baterías están muy cerca,



y también la impresión que las balas de la infantería adversaria producen en una batería; ellas ponen nerviosos á los servicios y perjudican á la precisión del tiro, perturbando las operaciones naturalmente delicadas de corregir la distancia, la puntería, etc. Desde este punto de vista, los afustes de escudo, dando abrigo contra los balines de los shrapnels, prestan buenos servicios.

*Cambios de posición.*—Conviene practicar á menudo los cambios de posición á cortas distancias, para salir de los límites de una zona bien conocida por el adversario y batida con violencia. Estos cambios deben hacerse á brazo y á escondidas; de otro modo son inútiles. Solo es necesario un cambio de posición para acercarse al enemigo cuando el blanco está á más de 3.500 ó 4.000 metros. No siendo así, es preferible cañonear el punto designado sin abandonar la primera posición, y tomar de la reserva una ó varias baterías, para lanzarlas adelante y, si se puede, á buena distancia, en alguno de los flancos. Así, las primeras baterías no quedan expuestas á padecer pérdidas inútiles durante sus movimientos; al contrario, se benefician de la impresión producida en el adversario por la entrada en línea de nuevas baterías.

Pero en cuanto el enemigo empieza á ceder es indispensable llevar vivamente la artillería adelante; medio poderoso aunque se corra algún riesgo.

Un fuego dirigido sobre los últimos escalones y las reservas del adversario puede entonces dar brillantes resultados.

Los japoneses vacilaron ó tardaron, el 12 de Octubre por la noche, cuando nos retiramos, en lanzar adelante su artillería; gracias á este exceso de prudencia pudimos conducir al otro lado del Sha-ho casi todos los trenes de las tres divisiones (3.<sup>a</sup>, 35.<sup>a</sup> y 55.<sup>a</sup>) con un solo puente ligero y evacuar de la estación del Sha-ho más de 500 heridos y el material rodado que contenía la reserva móvil de abastecimiento.

En la actualidad, el tiro por encima de la infantería amiga debe ser considerado como completamente normal; evita la peligrosa reunión de las baterías, permite realizar la dispersión de la artillería en todo el frente y sacar todo el partido posible del grande alcance, transportando y concentrando el fuego sobre diferentes objetivos; esta manejabilidad de la artillería la convierte en una amenaza incesante, efectiva contra todo movimiento de los blancos animados fuera de sus abrigos, y la pone en condiciones de utilizar toda su potencia balística.

La experiencia enseña que con un personal de sirvientes bien instruidos, no hay que temer las explosiones prematuras, y que el tiro por encima de la infantería no es prácticamente peligroso.

*Dirección del fuego.*—Es indispensable que los jefes de artillería tengan horizontes militares más extensos que antes, y aprecien mejor las necesidades y conveniencias de las otras armas.



El comandante de las tropas distribuye sus baterías, les indica sus sitios y los objetivos naturales en cada sector: preparar el ataque de tal punto, impedir el acceso de tal pueblo, desalojar al enemigo de tal grupo de árboles, vigilar tal zona, etc. Según la marcha del combate, comunica la situación al comandante de la artillería, modifica las misiones primitivas, prescribe otras nuevas, ordena la concentración del fuego, por todas las batería ó solo algunas, sobre ciertos puntos, etc.

El comandante de la artillería distribuye los cometidos entre las baterías, organiza la observación en todo el frente y en los flancos, no solamente de los objetivos indicados, sino en general de todo el terreno, para descubrir eventualmente nuevos objetivos ventajosos. Organiza el enlace entre los observadores, las baterías y él mismo; adopta disposiciones para asegurar el abastecimiento de las baterías.

El servicio de observación debe abrir á los comandantes de batería un campo extenso de iniciativa y empresa personales. Por otra parte, para que su actividad se ejerza útilmente, es preciso que los oficiales de artillería estén muy al corriente de la situación, por lo menos en lo relativo al sector á que pertenecen. Esto no lo debe olvidar nunca el Estado Mayor del comandante de las tropas, ni el del comandante de la artillería.

Recíprocamente, los artilleros deben transmitir sin retardos al comandante de las tropas los informes recogidos por sus observadores. Este modo de proceder, en los combates de la estación de Sha-ho y de Lin-chin-pu, fué muy ventajoso á la 35.<sup>a</sup> división. Nuestras observaciones y comunicaciones mútuas impidieron á los japoneses el mover á brazo, en el gaolián, una batería siquiera, ó que pasara una sola compañía al otro lado de la vía férrea; cada uno de sus movimientos era señalado, y el tiro de nuestra artillería corregido en consecuencia según las advertencias detalladas, tales como estas: «Los japoneses se ocultan en la estación y rodean el caserío que hay á la derecha.» «El enemigo continua excavando trincheras á la izquierda de la estación.» «Acaba de participar el comandante de la 7.<sup>a</sup> compañía, que después del tiro de nuestra batería los japoneses han abandonado sus trabajos de atrincheramiento y se han ocultado detrás de los edificios de la estación. La batería ha sido advertida.»

El reconocimiento para la elección de una posición de artillería, ejecutado por los oficiales de esta arma, debe comprender así mismo el reconocimiento de los puntos de observación y de los medios de enlazarse con ellos.

*Naturaleza de los fuegos.*—Sobre los blancos descubiertos la forma más eficaz de fuego es la *ráfaga*. Cuando no veían el blanco, los japoneses empezaban batiendo por un fuego lento la zona inmediatamente detrás de nuestras tropas, con preferencia el sitio supuesto de la reserva, de los avantrenes de las baterías, etc. El menor movimiento hecho



para salir de esta zona de acción del fuego, casi nunca escapaba á su observación y provocaba una ráfaga. En Han-tchen-pu, el 17 de Octubre, los avantrenes de la 35.<sup>a</sup> brigada de artillería escaparon por un milagro al fuego enemigo, gracias á la extraordinaria rapidez de su marcha: diez y ocho shrapnels hicieron explosión en el lugar en que acababan de hacer su conversión.

Cuando batíamos pueblos, trincheras, etc., practicábamos ordinariamente, por secciones en cada batería, un fuego mixto de shrapnels con espoletas de tiempos y shrapnels percutantes, ó una combinación de granadas de morteros de campaña y de shrapnels de campaña; los japoneses se valían de una combinación análoga de shrapnels y de shimoses. El objeto de esta combinación era provocar, por medio del proyectil percutante, un movimiento detrás de la masa cubridora, y entonces inflingir pérdidas por medio de un fuego rápido de shrapnels.

*Sostén.*—La complicación del combate actual, la tensión nerviosa considerable y la dificultad del mando, exigen que haya un sostén especial para la artillería en todas las circunstancias.

En posición, basta una compañía para dos baterías; en marcha, una por batería.

La misión del sostén es poner la batería al abrigo de una sorpresa, de un ataque inesperado, arrastrar las piezas si los caballos son muertos, y prestar ayuda en los pasos difíciles.

Sin el concurso de la 12.<sup>a</sup> compañía del 132.<sup>o</sup>, que era el sostén de la 2.<sup>a</sup> batería de la 35.<sup>a</sup> brigada de artillería, en el combate de Shi-li-ho, el 12 de Octubre, esta batería, situada bajo el fuego enemigo, habría caído indudablemente en manos de los japoneses. En la noche del 9 al 10 de Marzo de 1905, la 15.<sup>a</sup> compañía del 137.<sup>a</sup>, por su propia iniciativa, retiró á brazo una batería de campaña, de modelo antiguo, que no tenía atalages y que se había dado orden de destruir; sólo al llegar á Mukden, después de haber recorrido más de 4 kilómetros, entregó la batería á la 35.<sup>a</sup> brigada, la cual á su vez la llevó á Tieling. La cuestión de la situación de los avantrenes y cajones de la batería de combate se subordina á estas condiciones indispensables: ocultarlos y asegurar el abastecimiento, sin interrupciones, de la batería.

Por consiguiente, los avantrenes se mantendrán detrás de abrigos, á una distancia de la batería inferior, en principio, á 500 metros; los cajones, luego de depositado su contenido cerca de las piezas, irán á cargar otra vez y se situarán, cubriéndose en parapetos rápidos, en los flancos ó á retaguardia. Es inútil y perjudicial mantenerlos cerca de las piezas; los proyectiles pueden ser llevados á brazo.

No hay motivo para temer la falta de proyectiles; las dotaciones son suficientes, si el tiro está bien preparado y se hace con calma. El depósito de municiones en las trincheras, cerca de las piezas, no presenta



ningún peligro; los shrapnels no estallan aunque sean heridos por las balas de fusil ó de shrapnel.

*Organización.*—Algunas palabras sobre organización de la artillería.

La rapidez de tiro del cañón moderno permite adoptar la batería de seis piezas y aun la de cuatro; la batería de ocho piezas es poco manejable.

La rapidez y la intensidad del fuego de los nuevos cañones conduce á examinar la posibilidad de disminuir la proporción de bocas de fuego por 1.000 hombres. Pero no me incumbe determinar la proporción más conveniente, porque carezco de datos suficientes deducidos de la experiencia del combate.

Sin contar las ventajas que resultan de la reducción del número de piezas por batería, es menester también considerar la naturaleza humana. Algunas piezas más, en una batería que tira, no producen mayor impresión, tanto más cuanto que sólo lo saben el comandante y los observadores, mientras que la aparición de una nueva batería, aunque sea de cuatro ó sólo de dos piezas, ejerce mucho efecto moral; créese entonces que esto es el preludio de la entrada en línea de una unidad importante.

Buenos telémetros, potentes anteojos (sobre todo para reconocer las tropas amigas), aparatos ópticos de puntería, en lugar de alzas y gemelos, son accesorios indispensables de la artillería moderna.

Nuestro shrapnel de percusión apenas produce humo, y para verificar el alcance de estos proyectiles es menester una observación lateral. Una granada percutante, con fuerte carga de un explosivo poderoso que dé mucho humo, facilitaría mucho la corrección del tiro, y aumentaría considerablemente la acción del fuego de la artillería contra los abrigos y los pueblos.

Para obrar sobre blancos inanimados (trincheras abrigos, atrinchamientos, sólidos muros, etc.), es menester un cañón con una potente granada-mina y un alcance aproximado de 6 kilómetros. Este es el obús de campaña que responde mejor á este desideratum.

El tiro de shrapnel con carga reducida efectuado por los cañones de campaña es poco práctico; el shrapnel no figura en las dotaciones de obuses. Pero sobre ambos puntos conviene hacer reservas en lo que atañe á la guerra de montaña.

Como ejemplo de un empleo extenso y completo del fuego actual, se puede citar el de la 35.<sup>a</sup> brigada de artillería, el 15 de Octubre.

Hacia las 4 de la tarde, cuando el 137.<sup>o</sup> y el 139.<sup>o</sup>, que llevaban cinco días de combate sin interrupción, después de dos ataques infructuosos contra la parte S. de Lin-chin-pu, se encontraron sin cartuchos y hubieron de repeler un violento contra-ataque de los japoneses, del lado del pueblo Bezimianny, entre Lin-chin-pu y Ki-siao-tung. Al mismo



tiempo, el 138.º y el 140.º, bajo un terrible fuego de artillería, excavaban trincheras frente á La-ma-tung, cuando se recibió la noticia que los japoneses se concentraban cerca de Chu-lin-tse y en el valle del Sha-ho, al O. de Shu-lin-tse.

Casi no disponíamos de reservas.

En esta circunstancia crítica se resolvió utilizar todo el alcance y la rapidez de tiro de nuestro cañón. Durante cuarenta y cinco minutos, de los cuales veinte de interrupción para recibir los partes de los observadores sobre los resultados del fuego, lo que redujo la duración real del tiro á veinte y cinco minutos, siete baterías (cuarenta y dos piezas) dispararon unos 8,000 shrapnels, concentrando sus fuegos en zonas sucesivas y barriendo así literalmente á las reservas japonesas. A partir de este cañoneo, cesaron los ataques obstinados de los japoneses, y se consolidó la situación del XVII cuerpo sobre el río Sha.

(Continuará)

(De la *Revue Militaire des Armées Étrangères.*)

---

## BIBLIOGRAFÍA

---

MILITARISMO Y SOCIALISMO, por el capitán de Infantería don Antonio García Pérez.—Madrid, 1906—Folleto de 64 páginas.

De breve lectura, pero abundante en doctrina y en ideas es la última obrita del infatigable escritor Sr. García Pérez; en ella analiza las diferentes acepciones de los vocablos *militarismo* y *socialismo*, y se declara partidario de ambas escuelas aunque dándoles una interpretación que difiere mucho de la vulgarmente admitida. Muy versado el autor en estudios sociológicos, hace gala de sus conocimientos aunque sin dejarse llevar de vanos pruritos de erudición, antes al contrario sintetiza á menudo su pensamiento y no desenvuelve con toda prolijidad la argumentación.

Ciertamente, las ideas vertidas por el Sr. García Pérez no serán aceptadas por todos, pues alguna de ellas, como la composición de los ejércitos, pugna con lo universalmente aceptado sobre esta materia. Todas las teorías sociales adolecen del mismo defecto: están escritas para hombres de mucho entendimiento, pero sin corazón ni pasiones, de suerte que al ser traducidas, siquiera sea parcialmente, en hechos, la práctica las transforma y desvirtua por completo. Pero como no puede llegarse á la implantación de ninguna reforma social, sin antes haberla debatido largamente en los palenques de la tribuna y de la prensa, es muy conveniente el conocer las tendencias y alcance de las nuevas doctrinas para orientarse en el proceso evolutivo de los tiempos. Desde este punto de vista resulta también muy útil el folleto del Sr. García Pérez, escrito con singular elegancia y en irreprochable estilo, como obra de autor muy ducho en las lides literarias.

Nuestra enhorabuena al Sr. García Pérez por su último apreciable trabajo.